

## MI PRIMERA AUDICIÓN DE RADIO

En el año 1922 se celebró en La Habana un Congreso Médico Nacional.

Aparte del interés que tal evento despertó en la clase médica, había otra circunstancia que provocaba el interés de numerosos sujetos que nada tenían que ver con el desarrollo de las ciencias médicas.

En la ciudad de Matanzas, como en todas las ciudades de la República, y no sería aventurado decir que en todas las ciudades del mundo, había muchas personas que se interesaban en una actividad naciente, derivada de conocimientos físicos, la radiotelefonía, cuya denominación, por abreviación, ha quedado, reducida a «la radio».

Pues bien, se había anunciado que se transmitiría por radio la sesión inaugural del congreso, que como todas las sesiones inaugurales, consistiría en numerosos discursos de las autoridades gubernamentales, de los funcionarios del congreso y de los delegados extranjeros al mismo.

Los aficionados matanceros quisieron recibir la transmisión y, en los salones del Liceo, instalaron sus equipos.

Hoy, los que por su edad, al mencionarse la palabra «radio», evocan una pequeña caja provista de dos botones, uno que controla el volumen y otro que selecciona la estación, no hubieran reconocido nunca como un radio los numerosos aparatos colocados en aquella larga mesa situada en el centro del salón.

Primeramente, aquel equipo no recibía la energía eléctrica de la corriente comercial de ciento diez voltios que usan hoy todos los receptores. En vez de ella, había sobre la mesa tres acumuladores.

Para alojar todo aquel equipo eléctrico, se hubiera necesitado no una caja pequeña, sino un gigantesco baúl. Esparcidos sobre la mesa y conectados entre sí, había transformadores, rectificadores y muchos otros implementos cuya denominación y uso eran desconocidos por mí.

Ya se había superado la época de los aparatos de galena que requerían el uso de audífonos personales. Aquello iba a ser una audición colec-

tiva en que numerosas personas esperaban disfrutar del inconcebible placer de oír la voz de otros seres humanos que hablaban en La Habana, a cien kilómetros de distancia, sin el empleo de cables ni de alambres. Para llenar esa función, había sobre la mesa un gran amplificador que recordaba, por su forma, esos ventiladores que se emplean en los buques para llevar el aire a las habitaciones ubicadas en planos inferiores.

Yo estaba entusiasmadísimo. Presentía que iba a asistir al nacimiento de una nueva conquista de la ciencia.

Uno de los oradores era el doctor Diego Tamayo, mi profesor de Patología Médica al cual me unía un sincero afecto y por quien sentía una gran admiración.

Recuerdo, entre los aficionados matanceros a la radio a Félix Casas, el director del periódico *El Imparcial* y al doctor Salvador de la Torre, profesor de Historia Natural del Instituto, y a sus hijos, que compartían con él esa afición.

Algún tiempo después, el doctor de la Torre instaló una planta trasmisora en su domicilio en la playa. Seguramente, por las dimensiones de la misma, se llamaba «estación miniatura». He olvidado la sigla con que se identificaba.

Recuerdo que cierta vez, estando yo de visita en casa del doctor de la Torre, sonó el timbre del teléfono. Era de un aficionado que informaba estar oyendo la transmisión de la «estación miniatura». Pregunté de donde llamaban. Era de Versalles, el barrio situado frente a la playa, a través de la bahía, quizás a dos kilómetros de distancia.

El equipo del Liceo permanecía silencioso. Quizás la transmisión se había retrasado. Es raro que esos actos colectivos, en los cuales intervienen numerosas personas, comiencen a la hora señalada.

Al fin, aquello dio señales de vida. Se oyeron unos pitazos estridentes, algunos ruidos como escape de vapor, por último, golpes como encontronazos producidos por bultos sueltos en un carro de carga.

No era eso lo que esperábamos, pero era algo que mantenía la esperanza de que cuando la estación emisora produjera los sonidos esperados, los transmitiría más o menos fielmente y aquí serían recibidos.

Y, así sucedió. De modo imperfecto, con desagradables ruidos sobreañadidos, surgió la voz del doctor Tamayo y pude reconocer la típica inflexión de sus palabras y su característica elocución que lo identificaban por completo.

Fue para mí una emoción intensa la que experimenté al escuchar esa defectuosa transmisión.

Cerca de mí alguien comentaba desfavorablemente los resultados prácticos de aquel invento.

—De poco sirve esto —comentaba de modo despectivo.

Vino a mi mente el caso del físico inglés Miguel Faraday, al descubrir el fenómeno de la inducción eléctrica. Cuando se le preguntó para qué servía su descubrimiento, contestó con otra pregunta:

—¿Para qué sirve un niño?

Basado en el fenómeno de la inducción eléctrica, funcionan hoy en el mundo millones de motores y de generadores que realizan trabajos diversos.

En un tiempo increíblemente corto se desarrollaron los equipos de radio. Cada vez fueron más compactos y más eficientes.

Surgió la hermana mayor de la radio, la televisión, y a su vez, alcanzó con gran rapidez una perfección inesperada.

¡Qué gran sorpresa y qué gran incredulidad se hubiera producido en mi pesimista vecino si alguien le hubiera dicho que, como consecuencia de aquel incipiente esfuerzo, el hombre, en la Luna, podría comunicarse verbalmente con la Tierra y transmitir su imagen en colores.

Esto, que hoy nos parece una proeza maravillosa, quizás dentro de algunos años produzca en mis nietos una sonrisa de benevolencia y un comentario melancólico:

—¡Si abuelo viviera hoy!